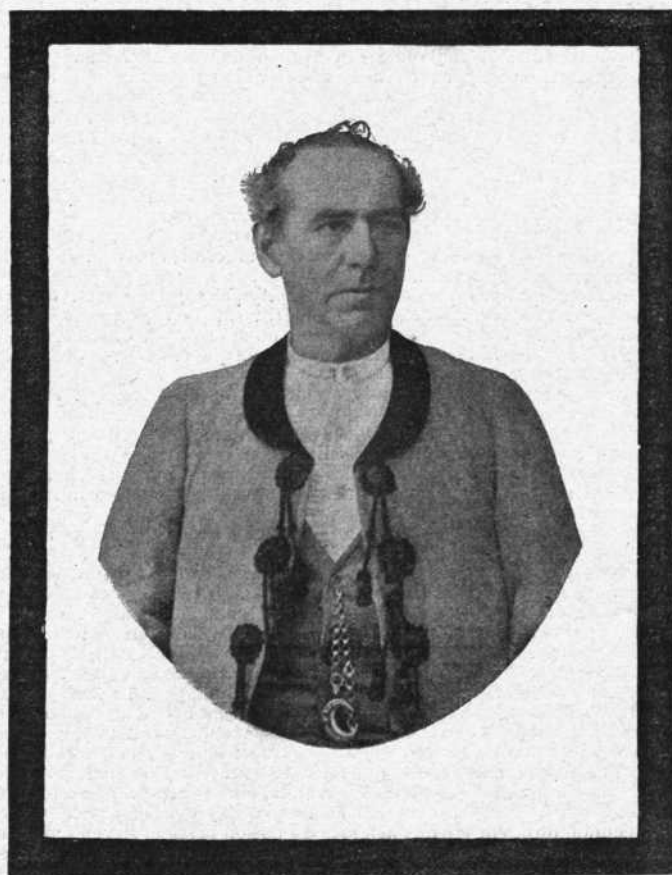




Año II

Madrid 17 de Marzo de 1898.

Núm. 48.



SALVADOR SÁNCHEZ (FRASCUELO)

NACIÓ EN CHURRIANA (GRANADA) EL 21 DE DICIEMBRE DE 1844; † EN MADRID EL 8 DE MARZO DE 1898

JUICIO CRÍTICO

de la corrida efectuada en Madrid el 13 de Marzo de 1898, á las tres de la tarde.

Bajo la impresión dolorosa de una verdadera desgracia para cuanto aficionados entusiastas á la fiesta española alcanzaron esa época brillante del toreo que llenan los nombres de Rafael y Salvador, escribo estos apuntes.

¿Qué mucho, si yo empecé á hacer revistas cuando ellos estaban en lo más hermoso de su vida, y en aquel primer período de lucha que sostuvieron, siempre noblemente, lo cual es honroso para los dos, durante veintitrés años, hasta la retirada de Salvador? ¿Qué mucho que el recuerdo de la muerte del gran matador de toros me conmueva y enterezca, si he presenciado aquella pelea encarnizada un año y otro año, y aun he sido juez en ella escribiendo las revistas de sus hazañas y relatando las peripecias de sus cogidas? ¿Si he sido joven cuando ellos, si he envejecido como ellos, si aquellas sus gallardías y sus triunfos me recuerdan las imponderables satisfacciones que dan la juventud y el entusiasmo?... Cuando aún no habían salido á luz varios revisteros, llamémosles así, para casa de los padres ó de los tíos; cuando aún no habían soltado otros el aparejo...

—La faena que está usted haciendo con Rafael y conmigo—me decía Salvador, en el último año de su vida torera—no se paga con nada.

—Por eso no se vende, como usted sabe.

—Cuando se es joven y se está bueno y fuerte, de nada se necesita, ni de nadie—añadió;—pero ahora es cuando se vé á los amigos.

Y él no necesitó que los amigos le ayudaran ó le toleraran, porque se retiró venciendo.

¡Ya murió Salvador!... Esto se dice más pronto que se olvida.

Que se lo pregunten á Rafael; que nos lo pregunten á los aficionados á toros y á toreros, porque entonces sí estaba justificada esta afición, siempre censurada y censurable.

Porque aquellos eran dos monstruos, y aun así y todo, ¡cuántas veces los censurábamos con dureza, por lo que hoy se tomaría como asombro del toreo! Verdad es que podía exigírseles mucho, y hoy será procurar la muerte de algunos diestros, por mal nombre, exigirles algo de arte.

Ya no están en la plaza aquellas dos grandes figuras: el ruedo está libre para los toreros modernistas; pueden hacer cuanto gusten. Quedan dos que pueden estorbarlos; pero ya se retirarán también. ¿Quién sabe? El porvenir será de los novísimos.

•••

De luto fajas y pañoletas llevaban puestas las cuadrillas en la corrida última. Luto por Salvador, ¿qué menor tributo puede rendirse á su memoria?

La tarde estaba triste y desapacible la temperatura, más propia para novillada con mogiganga y fuegos de artificio, que para corrida de toros formal.

Y entre esto y la «abundancia» de dinero que se nota en todas las clases, y la intranquilidad y los temores de mayores males, el resultado fué una entrada muy buena, pero con rebajas ruinosas para la reventa, en el precio del papel.

Y no podía oponerse al cartel defecto, relativamente hablando. Seis toros del Sr. Duque de Veragua, y *Guerrita* y *Reverte* para estoquearlos.

Los toros del Duque, sin ser notables, en general, puesto que, en llegando al último tercio, hubo algunos aplomados, según suele ocurrir, bien por condiciones propias, bien por equivocaciones ó disparates manifiestos en la lidia, fueron nobles y ninguno hizo mala pelea.

El primero fué un toro cárdeno, bragao, buen mozo, fino, chorreao, rizado de melena, como una señorita, y levantado de armas; salió avantón, pero fué bravo, duro y de poder; en varas armó la de San Quintín. ¡Qué lío de picadores! qué burdel! ¡qué abuso de capotes! ¡qué modo de perder el percal los peones! Lo de siempre en cuanto sale un toro que pega. En banderillas quedó bien y en la muerte «se venía encima» á todo trapo ó se bajaba un tanto, teniendo que sujetarle el matador.

Fué el segundo un toro castaño, de menos peso y de menos representación que el primero, algo abierto y muy corredor. Tenía voluntad, pero no codicia en varas; en palos y muerte cumplió, aunque se quedaba algo.

El tercer toro fué cárdeno salpicado, con braga, adelantado de armadura y más toro que el segundo, fino, de buena lámina. Empezó con voluntad, pero se dolió pronto; noble fué en todos los tercios y obedeció á la muleta. El cuarto fué negro, con bragas, algo sacudido de carnes y bien adornado de armas. Fué un toro bueno, duro, noble y codicioso en varas, en cuya suerte demostró bravura: en los otros tercios acudiendo bien y dejándose lidiar. Negro bragao, buena lámina, fino y no escaso de defensas, aunque bien colocadas, así fué el quinto; empezó con bravura, y aunque se receló un tanto en varas, no puede decirse que no hiciera muy buena pelea; en palos algo huido y en la muerte incierto. El sexto, cárdeno oscuro, con bragas, fino, de menos representación que el anterior, meleno y cortado de pitones, tuvo alguna voluntad y escaso poder para la caballería; en banderillas y muerte algo descompuesto y con malas tendencias.

En resumen, el Sr. Duque, teniendo en cuenta la estación, nos dió una corrida buena, generalmente hablando, y á pesar de esto resultó más agradable y divertida la de los Ibarra en el domingo anterior, aun cuando aquéllos pareciesen menos toros. Verdad es que hubo más juguetes y más alegría en las gentes.

En varas no puede señalarse sino algún puyazo de Molina y de *Agujetas*, y nada más: en cuanto asoma por puerta de chiqueros un toro con cara de tal, ya no hay continuidad en las cuadrillas. ¡Qué capotazos, qué recortes para reventar! ¡Qué juegos hípicos emprenden los picadores! En banderillas no hubo sino un buen par de Curriche, segando al cuarto toro, y uno de Juan Molina y otro de Guerra menor. De la brega no habrá que decir que el amo fué Juan, como suele, y que Blanquito estuvo oportuno y trabajador toda la tarde.

Guerra en quites, como siempre, jugando con los enemigos y demostrando su vista y facultades excepcionales; corriendo á los toros como si los llevara sugestionados.

Reverte estuvo muy bueno también y oyó muchas palmas en su faena, así como Guerra; acudió á los quites y se arrojó al remate de uno. Guerra cambió y recortó capote al brazo... En fin, en esto muy bien los dos; y en no acceder á parar al quinto toro, también. Es costumbre abusiva de una parte del público pedir que paren los matadores siempre y cuando acomoda á los que gritan, aunque el toro no reuna condiciones para ejecutar la suerte con lucimiento. Y aún no es esto lo peor, sino que por complacer á cuatro «forasteros» se lleve una cornada un matador, haciendo lo que no es de su incumbencia. Bueno es que espontáneamente, como lo hicieron otros, los matadores hagan ese regalo á los aficionados; pero no cuando á los chillones se les antoje.

En la muerte de su primer toro quedó Guerra admirablemente. Toreó en corto, con elegancia y vista y habilidad, y sujetando al avantón; entró á volapié á ley y dejó una buenisima estocada. Más sobrio ó con menos voluntad preparó al segundo de los suyos y dejó un volapié, entrando con su *mijita* de desvío, en buen sitio y algo tendido; por lo cual Guerra remató descabellando al primer intento. Con una pasada y desprendida terminó la faena en su tercer toro, entrando con velocidad grande y después de un trasteo algo movido, aunque sobre corto. Silencio general. Dirigiendo estuvo descuidado Rafael.

¿Reverte? Valiente en su primero y en su segundo toro: es verdad. Valiente en quites y con arte en algunos pases á su segundo toro. Algo ha mejorado, y si se acostumbra á torear por bajo cuando haga falta ¿eh? y á extender el brazo y á empapar y recoger en los vuelos de la muleta á los toros, podrá decir que ya se ha hecho un matador de toros completo. Toreó á su primero de pitón á pitón y nada más, y poco importa el parar los pies cuando la muleta para nada sirve. Pinchó muy bien tomando hueso, á volapié de verdad y repitió con una buenisima en esa suerte que no sé cómo calificar; de la cual el diestro sale por el mismo terreno que entró, encunado y sin más defensa que retroceder, si le deja el enemigo. Le dejó afortunadamente; pero que no repita Antonio y procure entrar á volapié como el arte manda, ó mate arrancando ó recibiendo, ó como sea, pero no invente suertes peligrosas. Intentó el descabello con la puntilla tres veces y dos con el estoque, y el toro se murió solo. Un desarme sufrió Reverte en su segundo toro, por eso de *pitonear*: esos no son pases ni sirven para maldita la cosa: uno solo cambiándole fué pase de verdad: la media estocada á volapié... casi: después sufrió otro desarme, aunque esto nada significaría si no hubiera arrojado el trapo para librarse de un acosón. Vaya, Antonio, que la muleta no sirve para usarla así.

En su tercero anduvo malamente por lo mismo, por la falta de arte; se arrancó á matar á paso de banderillas y pinchó sin soltar; enseguida dejó media algo pasada, también en la suerte indicada, y hubo sus *abucheos*.

¡Qué lástima es que no atienda usted á sus propios intereses! Buena es la valentía, pero puede tanto la destreza!

Salvador Sánchez Povedano.

Triste fecha fué para la afición española el día 8 del actual, en la que el inolvidable Salvador rindió su cuerpo á la tierra y su alma á Dios, víctima de una traidora pulmonía que atacó aquella naturaleza privilegiada pocos días antes en su retiro de Torreldones, de donde fué por su familia trasladado á Madrid con objeto de atender á su curación.

Si alguien pudiera dudar, que no lo creemos, de la popularidad que en Madrid gozó siempre *Frascuero*, convencido quedaría de ella al presenciar la imponente manifestación con que todas las clases patentizaron el entusiasmo que sintieron por el torero, valiente entre los valientes, que con sus heroicos arranques supo arrebatarse á las multitudes y alcanzar aplausos sin cuenta como premio merecido á su jamás desmentida bravura.

Imposible fuera para nuestras escasas fuerzas describir con exactitud el cuadro maravilloso que ofreció Madrid en la tarde del día 11 del actual; compacta muchedumbre se apiñaba al paso de la comitiva del entierro para dar el último adiós al que durante muchos años fué el ídolo á quien todos rindieron ferviente culto de admiración y cariño.

Acompañando al cadáver, pudimos observar, en conjunto armónico, la dama linajuda y la humilde hija del pueblo; el honrado menestral y el ilustre potentado, confundidos en fraternal sentimiento de respeto al amigo perdido para siempre.

Nada más sugestivo, nada más digno de admiración, que el aspecto de aquella multitud que, cabizbaja y silenciosa, llevando en los semblantes marcadas huellas de pesar profundo, rodeaba el cadáver de Salvador desde la casa mortuoria hasta el cementerio de San Isidro.

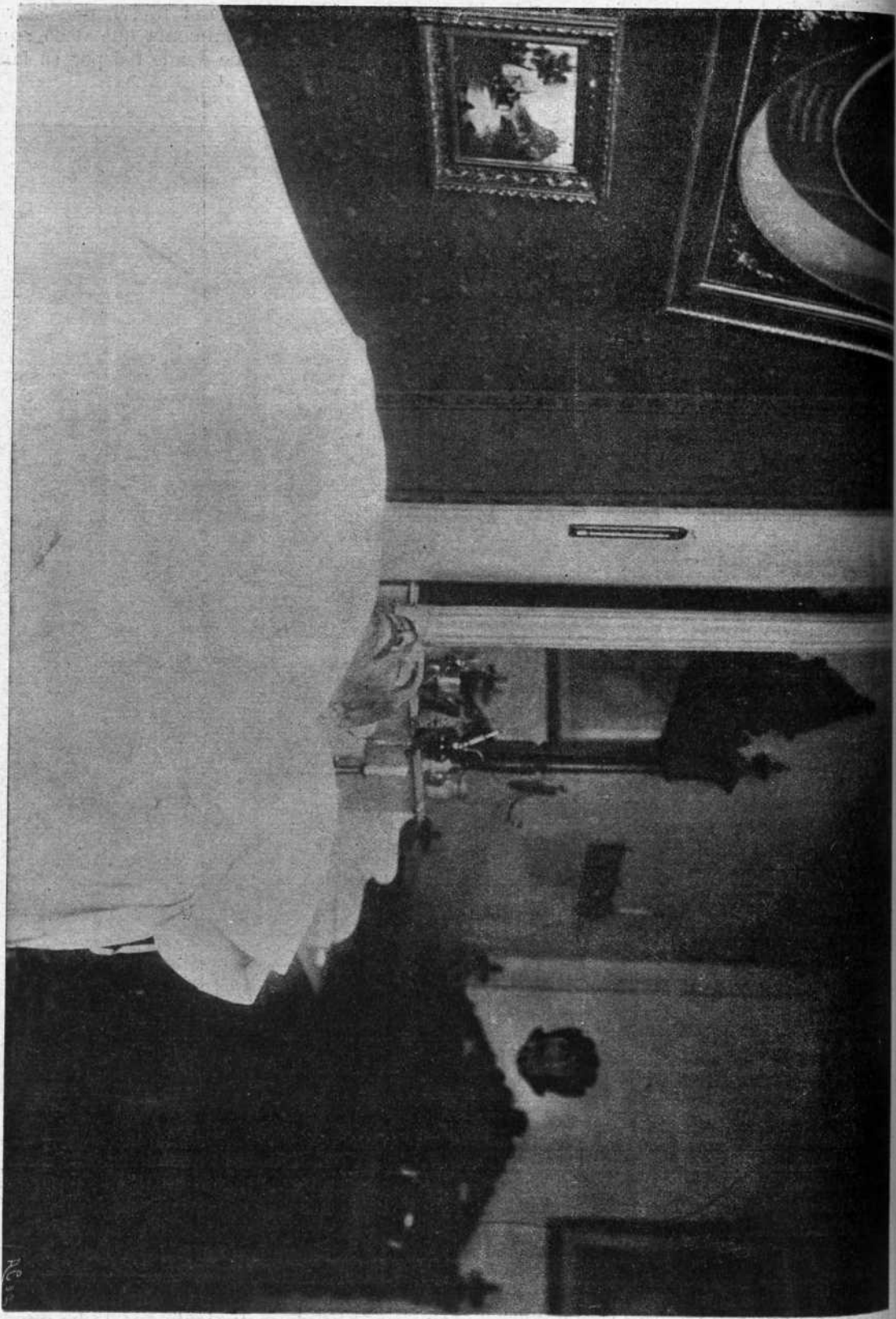
Hasta última hora, realizó *Frascuero* el ideal de toda su vida: la aspiración constante á la popularidad y su afán de conservarla. Y gracias á su carácter, siempre franco, siempre leal y expansivo, consiguió ser el *niño mimado* del pueblo de Madrid, dentro y fuera de la plaza.

SOL Y SOMBRA, al dedicar á la memoria del valiente matador humilde corona, cuyo facsímil ofrecemos á nuestros lectores, ha querido así patentizar el hondo sentimiento que le ha producido pérdida tan sensible para los muchos y buenos amigos del finado.

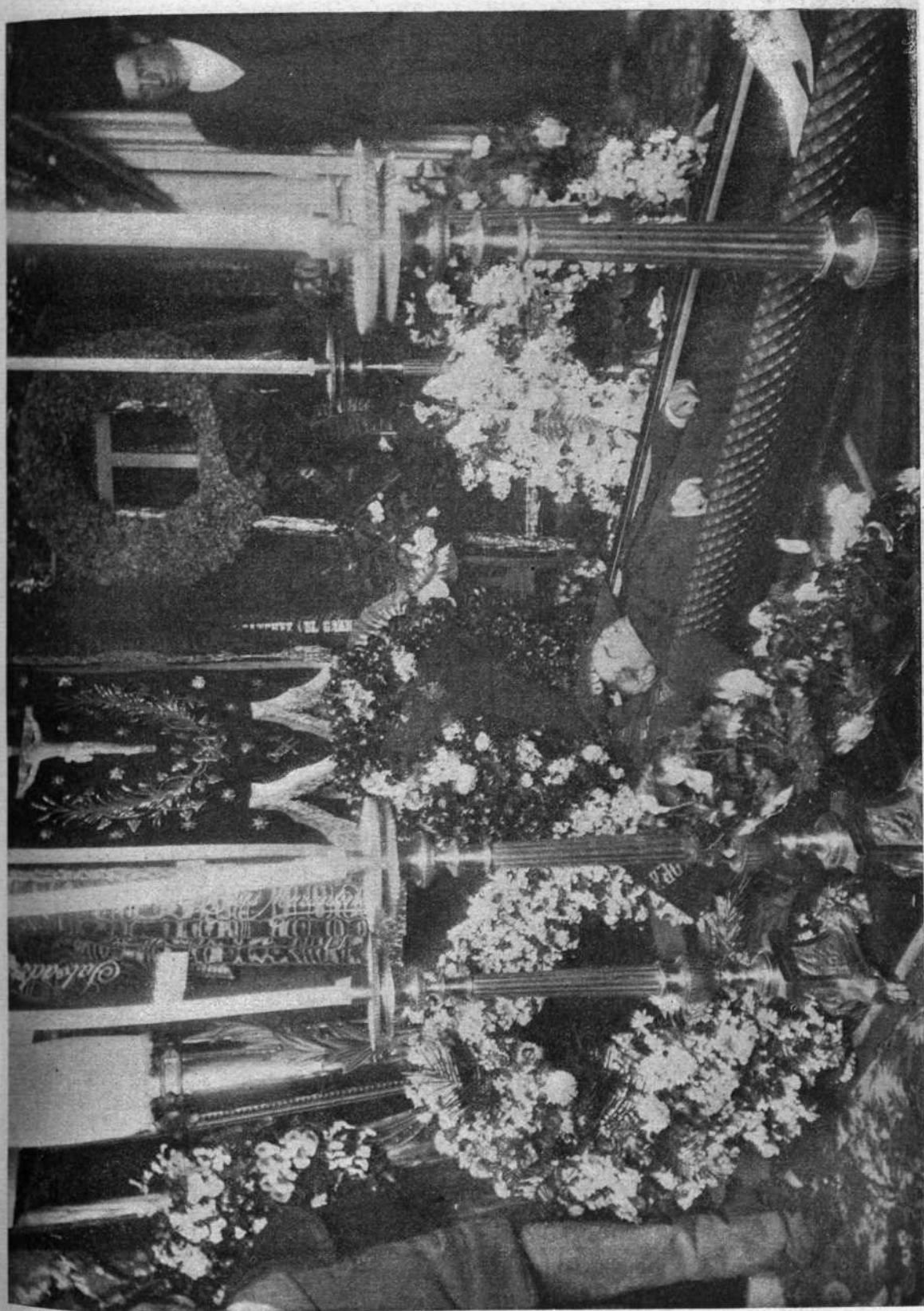
Reciba la respetable familia la expresión sincera de dolor, que desde estas páginas le enviamos, y Dios conceda al alma del incomparable Salvador el reposo de que gozan los buenos en la vida eterna.



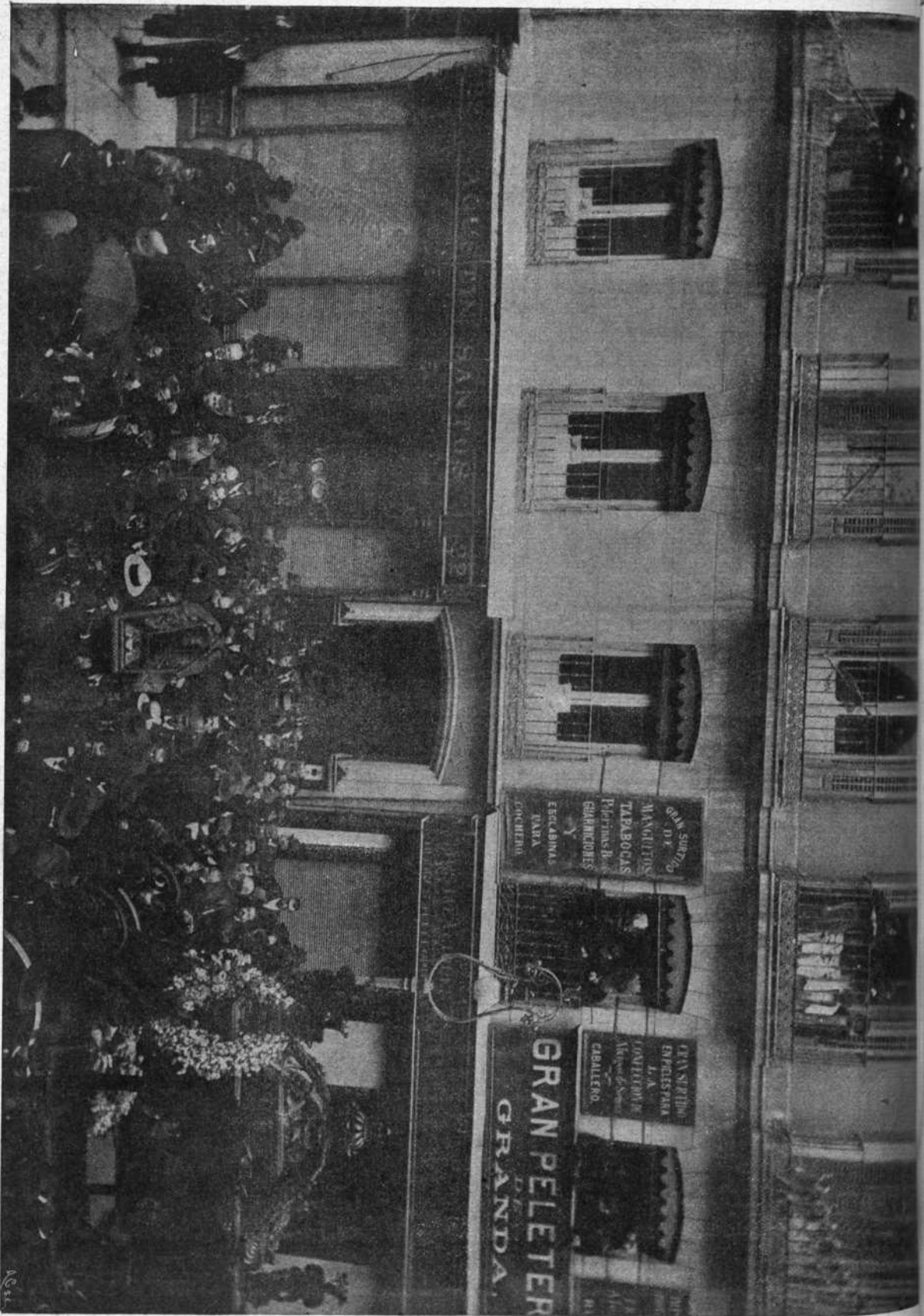
ONIBSIC T. P. 100281. WOBALIC



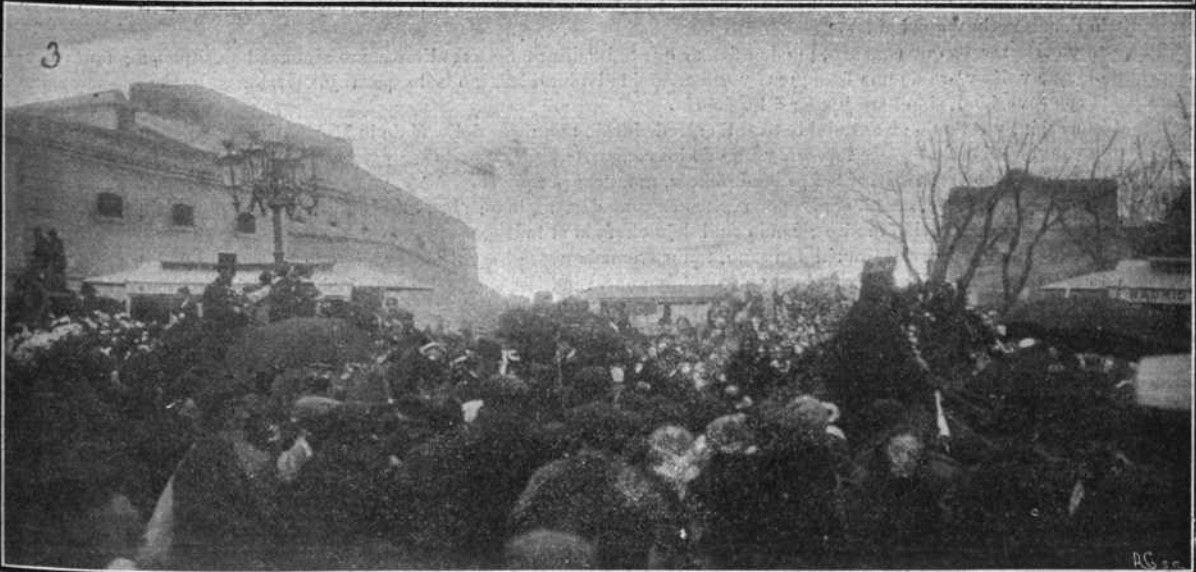
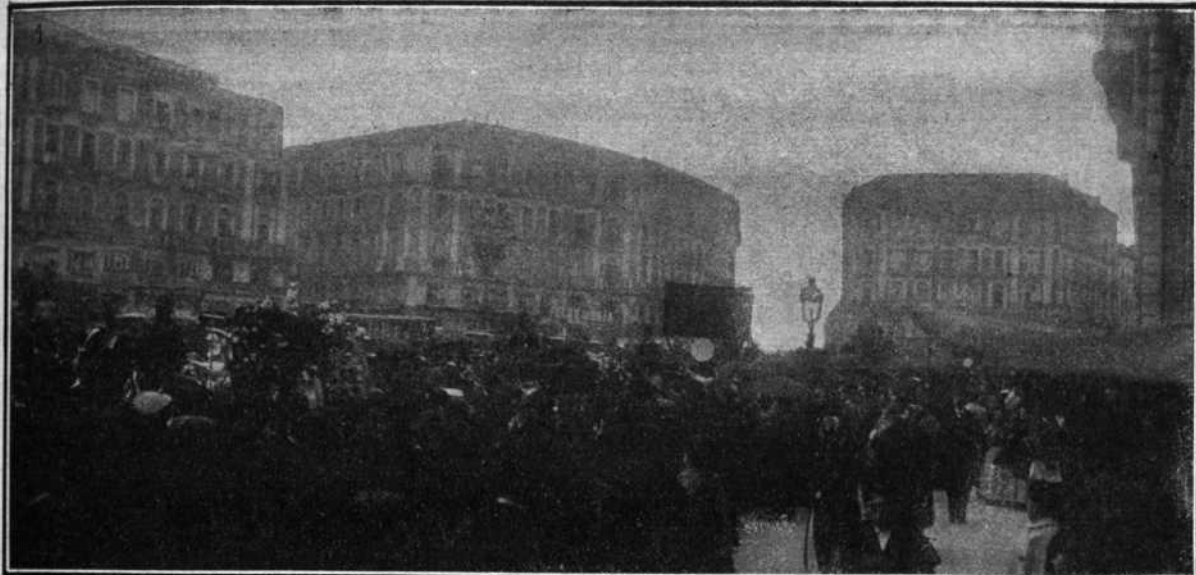
Cámara mortuoria.—(Fotografía de los Sres. Inclán é Hijos, expresamente para Sor y SOMBRANA.)



Capilla ardiente.—(Fotografía de los Stes. Inclán é Hijos, expresamente para SOL Y SOMBRA.)



ENTIERRO DE FRASCUELO.—Salida de la comitiva fúnebre de la casa mortuoria.—(Fotografía de los Sres. Inclán é Hijos, expresamente para Sol y Sombra.)



1. Paso de la comitiva por la Puerta del Sol.—2 y 3. En la Puerta de Toledo.



Llegada al cementerio.—(Instantáneas de Carrión, expresamente para SOL Y SOMBRA.)

FRASCUÉLO

DESDE la muerte del inolvidable Julián Gayarre, acaecida en Madrid á 2 de Enero de 1890, no recuerdo otra que haya despertado tan general y verdadero sentimiento como la de Salvador Sánchez (*Frascuélo*).

Aunque dedicaron su actividad y excepcionales aptitudes á cosas tan distintas como son la música y los toros, tuvieron ambas celebridades muchos puntos de contacto. Asperos de carácter, pero con corazones de oro; caritativos, generosos, austeros en el cumplimiento de sus deberes profesionales, patriotas á macha martillo, idólatras de su familia, esclavos de su deseo de complacer al público, á éste se entregaron siempre inermes, sin intrigas ni falsificaciones de ningún género y con *la verdad* por delante.

Ambos le sojuzgaron por completo; uno con los encantos de su voz incomparable y dulcísima, sin precedente en los anales del arte lírico; el otro con actos de soberano valor realizados ante los toros, que no volverán á repetirse.

Partidarios de *la verdad* en sus respectivas artes, eran además de amigos, mutuos admiradores. Presenciaba yo un día con Julián una corrida en que no tomaba parte Salvador, y me decía aquél al terminar: «Desengáñate, éstos son matadores *de falsete*; el único matador *de pecho* es mi amigo *Frascuélo*.»

Otro día, después de haber almorzado opíparamente en casa de Salvador, que vivía entonces en la calle de la Salud, bajamos juntos á la estación del Mediodía á despedir á Gayarre, que marchaba á Lisboa, en donde estaba escriturado para cantar en el Real Teatro de San Carlos. Momentos antes de partir el tren, le decía Salvador á Gayarre: «Hasta la vista, amigo Julián, y no deseo más sino que llegue usted con salud, porque á usted le sucede lo mismo que á mí, que en llegando *al terreno*, de lo demás no hay que hablar.»

Por este y otros rasgos que conozco, puedo afirmar que Salvador no era orgulloso como algunos han supuesto; tenía conciencia de lo que valía y era de una franqueza y espontaneidad adorables, no sólo para juzgarse á sí mismo, en muchos casos hasta con severidad, sino para juzgar á los demás.

En otra ocasión, y estando en agradable tertulia alrededor de una mesa del café de la Marina de San Sebastián, se sostenía la obligada conversación de toros y toreros, y uno de los concurrentes, creyendo ser agradable á Salvador, hubo de decir: «Lo que haya de bueno esta tarde, usted lo ha de hacer, maestro; porque *el cordobés*, ya se sabe que es un torero *de camama*.» No había terminado la frase, cuando Salvador replicó en tono destemplado: «Eso lo sabrá usted, porque yo sé que *el cordobés* es el mejor torero que ha parido madre»; con lo cual dejó chafado al indiscreto interlocutor.

No es mucho que hombre de corazón tan sano, tan extremadamente bravo, tan pródigo de su sangre y de su vida para llenar con creces todas las exigencias de los públicos, haya encarnado en el espíritu popular y haya sido con justicia considerado como el prototipo de la dignidad y de la vergüenza toreras: él, que se ponía de mal humor y se creía rebajado cuando los toros no eran de respeto, y pedía que se le echaran los más grandes, ¿qué concepto formaría de estos matadores que imponen como cláusula el sorteo en todas las corridas, á pesar de ser *chivos* los toros que ahora se estilan?

No sólo en España ha causado profunda impresión la muerte de Salvador. En Francia, donde disfrutaba de grandes simpatías, casi toda la prensa ha consignado en su obsequio frases de cariñoso y sentido recuerdo. Del efecto producido en Portugal tengo testimonio más directo, pues á las pocas horas de acaecer el fallecimiento me telegrafiaba desde Lisboa el muy reputado escritor D. José María dos Santos Junior (*Santonillo*), en estos expresivos términos:

«Muerte Frascuélo ha causado aquí extraordinario sentimiento. Suplico me represente entierro.»

¡Qué epiflogo tan hermoso de la existencia de Salvador ha sido la imponente manifestación de dolor tributada en el momento de su muerte!

Paz á su alma, y recuerdo perdurable del matador de toros sin rival, que ocupará por siempre preeminentísimo lugar en la historia del toreo español.

LUIS CARMENA Y MILLÁN.

SALVADOR

CUANDO los aficionados á toros se dividieron en los bandos *frascuelino* y *lagartijista*, yo formaba en el último.

Era de los *anabaptistas* de Rafael; pero admirando siempre al coloso que le hacía competencia.

En cierta ocasión, habiendo yo publicado un artículo, en el que idealizaba la manera de parear de Rafael, un frascuelista anónimo me envió el retrato reproducido aquí, y con él unas líneas que decían:

«Este ha sido un banderillero de vergüenza; lo demás son pinturas.»

Tal vez creería el del anónimo darme un disgusto y que yo, enfurecido, iba á romper aquel pedazo de cartulina. ¡Qué disparate! Lejos de eso, lo guardé cuidadosamente como se guarda el recuerdo de lo grande.

¡Quién me había de decir que andando el tiempo aquella fotografía había de figurar en un artículo necrológico de Salvador Sánchez!

Cuando *Frascuelo* se hizo ese retrato era casi un niño; fué una de las primeras veces que se colocó delante del objetivo, y llevaba en las manos un par de banderillas cortas, uno de aquellos con que arrancó entusiastas ovaciones quebrando en silla y dando pruebas de un arrojo por nadie superado.



Todo lo que pudiera decirse de Salvador ya se ha dicho. Al retirarse del toreo el año 90 se agotó el repertorio de biografías, anécdotas, datos curiosos y juicios críticos.

Al repetirlos ahora formaremos todos los que de tauromaquia escribimos algo así como una inmensa corona de recuerdos dedicada á la memoria del valiente matador. Y cuando las que cubrieron su caja se marchiten, y cuando las letras de sus cintas se borren, quedará siempre la que hoy le ofrece la prensa, porque es hija del espíritu y el espíritu no muere.

Hacia el año 1862 (ya lo he dicho antes de ahora) un chico muy moreno, enjuto de carnes y nada guapo de cara, abordó en la calle al banderillero *Mota*, y entre el diestro y el mozuelo se cruzó el siguiente ó parecido diálogo:

—Señor *Mota*, déme V. un capote para torear por ahí.

—Muchacho, ¿quieres quitarte de enmedio? ¡Vaya un tupé!

—Es que yo tengo mucha afición á los toros y quiero ser torero.

—¡Y á mí qué me cuentas! ¡Torea aunque sea al gallo de la pasión!

—Sí; pero como no tengo capote, quisiera que me lo diese V.

—¿Qué te he de dar, chico; déjame en paz!

—Es que si V. supiera quién soy, me lo daría.

—Pues ¿quién eres?

—Soy hermano de Alejandro el delantero que le trae á V. el pescao; por eso me acerco á V. y no á ningún otro torero.

—¿Tú eres hermano de Alejandro?

—Sí, señor, por toda la vida; y como mi hermano le quiere á V. mucho y á mí me gusta V. banderilleando, pues... no creo que hago una barbaridad pidiéndole á V. un capote.

—Pero ¿sabe tu hermano que quieres torear?

—Y mi hermano ¡qué tiene que meterse en lo que yo haga! Anda, que si me dan una *corná*, yo seré el que lo pase y no él.

—Mira, chico, que los toros proporcionan muchos disgustos.

—Sí; pero también mucha *luz*.

—Bueno, hombre, bueno; eres un barbián. Vete mañana por casa, te daré el capote y anda con Dios.

El chico se despertó con el alba, fué á buscar al que desde entonces consideró como su padrino, cumplió éste su palabra, entregó al muchacho un capote de lidia casi nuevo, y *Frascuelo* (que él era el tal mocete) empezó á usarle en las novilladas de los pueblos.

Ese fué su *debut*. Al poco tiempo llegaba á la cúspide de su profesión.

Practicó todas las suertes y las practicó bien; llevó su arrojo á lo increíble; pero no ese arrojo temerario que desoye los consejos, que se goza en el peligro sin cuidarse de esquivarlo, sino el valor que tiene su asiento en la noble ambición de quedar bien.

Salvador *quería* toros, teniales decidida afición.

Contaba con suficiente fortuna para vivir tranquilo y estimado, y salía á la arena como si nada poseyese, como si tuviera que ganar las primeras pesetas. Llevaba un cuarto de siglo toreado y lo hacía con el mismo entusiasmo del primer día; al verle creérase que debutaba, que no era conocido, que había de conquistar un nombre y una reputación.

Todas sus aspiraciones las cifraba en la plaza; cuando no toreaba no era el mismo hombre; le faltaba algo, sufría la nostalgia del circo como el emigrado la de la patria.

Quería siempre quedar como bueno, y cuando algún toro no le permitía lucida faena, se desesperaba y en aquel momento hubiera aniquilado desde el ganadero hasta el último manso de la vacada.

Para que *Frascuero* se decidiera á acabar malamente con una res, era preciso que aquélla llevara su cobardía hasta lo imposible. No se escatimaba un momento; se entregaba á los toros pensando siempre que las empresas le pagaban como quien era y como tal debía trabajar, porque así lo esperaba el público y así debía ser.

Se retiró luchando hasta el último momento; luchó hasta cuando estaba gravemente herido, como si el espíritu de los antiguos gladiadores hubiera encarnado en él, como si se viera pendiente de aquel terrible *police verso* de los romanos.

Ese fué Salvador; así lo dije hace tiempo, y desde entonces la pequeñez de los otros ha engrandecido más su figura.

Al anunciar aquella corrida, en que *Frascuero* se despedía para siempre del público, no faltó quien dijera que no sería la última, sino que después torearía en algunas otras plazas para despedirse de otros públicos.

Entonces escribí un suelto pidiendo á Salvador que desvaneciese aquellas dudas, y el torero me dirigió la siguiente carta dictada por él y por él firmada:

Muy Sr. mio: Sea su apreciable periódico de fecha 7 actual, que dice se acabare definitivamente es la última corrida de un despedido en Madrid, puedo asegurarle que es en definitiva la última en que toreo para despedirme del público y que no trabajaré en ninguna otra en ninguna provincia.

Con satisfacción su curiosidad y desponga 4 de su afmo S. S. q. b. S. m

Pablo de las Perlas

Frascuero cumplió lo que en ella ofrecía. No ha vuelto á torear en ninguna plaza.

Muchas veces sintió de nuevo la nostalgia del circo; muchas veces, indignado al ver las ovaciones conquistadas tan fácilmente con el toreo de ventaja y de marrullería, si se me permite la frase, tuvo deseos de volver á la arena y esperaba una ocasión para hacerlo.

—Mira, le dijo no hace todavía mucho tiempo á un amigo: Si hay guerra y se hace una suscripción nacional *pa* barcos, entre Rafael y yo, sólo con Juan, toreamos gratis seis saltillos, á ver si aún nos acordamos.

Aquella ocasión no vino: *Frascuero* cumplió lo prometido en su carta.

Ha muerto sin que alguno de esos noveles espadas que hoy entusiasman al público, le haya podido apreciar como matador de toros.

Ha muerto viendo la tauromaquia convertida simplemente en un oficio.

Ha muerto sin dejar en la plaza quien recoja las típicas cualidades del Tenorio con que la imaginación popular había investido á los lidiadores.

Ha muerto hallando siempre vacía su plaza de matador de toros. Porque de aquello á esto hay una enorme distancia.

Cuando Salvador liaba para arrancarse á matar, se imponía; hacía el silencio en la plaza; estaba el público como en el desenlace de una tragedia que hubiera *vivido* desde el comienzo de la representación.

Aquello era un drama shaksperiano, y lo que ahora tanto se aplaude (valiendo mucho), es un animado juguete del género chico.

Lo uno resultaba grandioso; lo otro podrá á lo sumo ser bonito.

Aquello era el majestuoso vuelo del águila: esto es el gracioso revoloteo del ruiseñor.

PASCUAL MILLÁN.

MI OFRENDA

CUANDO muere un hombre que en la espantosa lucha por la existencia ha llegado por impulso propio á la cima de la fama y del triunfo, yo no sé escribir el eterno articulito necrológico, declamatorio, admirativo, rebuscado, lleno de dolor insincero y literario, exigido por las circunstancias.

Un hombre grande que cae herido por la muerte, me deja en el corazón la frialdad de un gran vacío. Pasa su féretro, me descubro y mi salud de despedida es mudo como mi pesar y mi respeto; ¡y esto no se escribel

Más que letras negras, cláusulas hechas, lugares comunes, debe acompañar al cadáver del gran torero, del gran corazón, del heroico hijo de nuestra raza invencible.

En esta hora suprema de último adiós, España, su madre, le recuerda *del todo*. Es el luchador hercúleo, brillante de raso y de oro, bañado por el sol espléndido de nuestro cielo, desafiando á la muerte y electrizando al pueblo con su bizarra audacia; en él tiene el pueblo su símbolo y su brazo, recuerdos de su historia y latidos de su alma, sensación de sus leyendas, inspiración de sus cantares, esencia de su esencia.

El torero muerto era el héroe, el hombre y el pueblo. Compendio de gallardas noblezas, pródigo de piedad y de oro, duro de alma ante la muerte y tierno de corazón ante el llanto ajeno, el llanto de los pobres, de los de abajo, de los suyos.

Y bien, llenen su féretro las pomposas coronas de la admiración, coronas de flores azules, de oro y de seda negra.

Sobre todas ellas irá una corona que no han tejido las manos de nadie; será corona de abrojos y de pasionarias, de flores humildes y oscuras. Esa la dedica el pueblo de España y ha puesto en ella gratitud y recuerdos inextinguibles, el llanto enjuto, el dolor consolado, la pobreza amparada. En ella no dice:—*Al gran torero, Al maestro, Al valiente . . .*

En ella dice más, porque es la ofrenda del pueblo; es una inscripción que tiene algo de plegaria y de llanto, es algo así:—*¡Adiós, hijo mío!*

ADOLFO LUNA (*Alamares*).

DOS FECHAS

EL 12 de Mayo de 1890 se despidió del arte en que tan famoso fué el valientísimo Salvador Sánchez, *Frascuero*, y, aunque con pena, la afición en masa dijo:

—Se acabó el toreo verdad. Ya no volveremos á ver matar toros con arrojo soberano. En Torredones queda sumido el recuerdo de aquel gran maestro.

Y esto último vino á dar importancia á un pueblecillo por donde los trenes pasaban sin que alma viviente asomase la cabeza á la ventanilla, y á la vez sirvió para que los que no olvidaron nunca la arrogancia soberana de Salvador, pudiesen hablarle, ó saludarle, ó simplemente verle.

El mes de Marzo de 1898 trajo nuevamente á *Frascuero* á Madrid, á su Madrid del alma, al Madrid de sus triunfos; pero lo trajo sano, fuerte, erguido, y á los pocos días lo abandonó en las heladas obscuridades de una pulmonía traidora, que al estrecharlo introdujo por primera vez el frío en aquel corazón todo fuego.

El día 8 de Marzo dióse por vencido el titán, después de lucha ruda como era precisa á tal temple de alma.

¡Ya no podremos, los que le adorábamos, ni hablarle, ni saludarle, ni verle siquiera! ¡Ya para siempre desapareció, y con él marchóse definitivamente hasta el recuerdo de aquella brava manera de matar toros!

De la época del gran Salvador sólo queda alentando apenas el gran Rafael. Rindamos ante él justo tributo de respeto y admiración, y tendiendo la mano al cordobés famoso, digámosle:

—*Frascuero* ha muerto. Reciba usted, *Lagartijo*, el pésame más sentido.

EL BARQUERO.

INSTANTÁNEA

La historia de Salvador
está escrita en dos plumadas:
Torero de pundonor,
jamás conoció el pavor
ante las fieras astadas.

Luis FALCATO.



Salvador en su finca de Torrelodones.

(Fotografías de Asenjo.)

Salvador Sánchez (Frascuero).

ERA el prototipo de la verdad en el arte que cultivó. Jamás cruzó por su imaginación la idea de huir ante la cara de los toros, ni esquivar el peligro cuando un compañero se veía en él. Cuantos le han visto, recuerdan con entusiasmo aquellos quites asombrosos y aquella *vista* para ocupar el sitio donde su capote pudiera ejercer de Providencia.



Panteón de familia donde yacen los restos de Salvador Sánchez.
(Fotografía de los Sres. Inclán é Hijos, expresamente para SOL Y SOMBRA.)

Mi inolvidable padre, á quien nunca lloraré bastante, admiraba el valor y la vergüenza torera de Salvador, y reconocía en él un matador sin igual y un torero de primera talla. Cuantos hemos seguido paso á paso y día por día la carrera artística del gran torero, entusiasmas unos, menos los otros, pero todos críticos imparciales, le hemos aplaudido sin reservas en la célebre corrida del 25 de Mayo de 1887, en que derrochó valor, arte y voluntad, matando seis toros en hora y cuarto y empleando en la lidia de aquellos, todos los recursos y todas las suertes conocidas.

Salvador no llegó tal vez á ser un Montes; pero en la historia taurina ocupará sitio preferente y su nombre vivirá eternamente, sirviendo de grato recuerdo á quien como *aficionado haya visto lidiar toros* y sepa apreciar lo que es el arte.

Daba cuanto sabía, y era uno de los toreros de más conciencia que han pisado redondel alguno.

Cuando en un toro se le volvía *el santo de espaldas*, el público podía estar convencido de que en el otro había de reaparecer el coloso, herido en su orgullo y buscando glorioso desquite á su anterior faena. Irse á la media vuelta ó al revuelo de un capote, jamás lo hizo Salvador aun conociendo que era el único medio de dar muerte al toro que tenía delante; le repugnaba y consentía dejarse coger antes que apelar á malas artes.

Sus pases de muleta, si no de adorno, lo eran, la mayor de las veces, á pié quieto y castigando; tan cerca de los pitones, que parecía imposible que el toro tuviese salida.

Pero en el acto de herir es donde *Frascuero* ha dejado imperecedero recuerdo. Aquel modo de entrar á matar sin azoramientos de ninguna clase; aquella precisión matemática al marcar los tiempos de la estocada, ningún torero llegó á poseerlas en el grado que él las poseía.

La despedida de "Frascuero",

(12 de Mayo de 1890.)

A tarde fué primaveral. El sol de las grandes fiestas doraba á la villa y corte con sus reflejos metálicos, cuando empezaron á circular por la calle de Alcalá tranvías, riperts, ómnibus, *simones*, *manuelas*, *landeaux*, *berlinas four-in-hand*, *dog-cars*, *bis-a-bis* y cuantos vehículos había disponibles para la multitud, que, ávida de fiesta y regocijo, se encaminaba á los toros.

Los alrededores de la plaza fueron invadidos por los curiosos; centenares de carruajes se formaron en filas á las puertas y mientras los caballos mal contenidos piafaban; los lacayos de casa grande llevando con elegancia las libreas, compuestas de casaca galoneada, con media roja y zapato bajo con hebilla de plata: ó del *collant* blanco con bota alta y la levita azul con cuello encarnado—última palabra de la moda,—departían en grupos, al coche presos, como esclavos allí sujetos por invisibles cadenas,—allá dentro, del fondo de las columnillas y arcos árabes, se destacaba la gente moviéndose como gigantea ola, inquieta hasta la salida de las cuadrillas, que llevaban á su frente á *Frascuero*, que se retira,—el pasado glorioso;—á *Guerrita*, que está en su apogeo,—el presente brillante;—y á *Lagartijillo*, que toma la alternativa,—quizás el porvenir halagüeño;—trío del arte taurino que excitó todos los entusiasmos y despertó todas las simpatías manifiestas en aplausos y aclamaciones.

Ningún circo tan severo y amplio como éste, ninguno tan hermoso cuando se llenan sus tendidos y gradas de lo que constituye la *afición* y se desbordan de las barandillas de los palcos los bustos de las damas más hermosas y se abren los cristales del palco regio—que parece un mirador del alcázar granadino—y lo cubre esa inmensa turquesa de azul límpidísimo que llamamos cielo de Madrid.

Entonces el sol, en *juerga* de luz, se desborda y trata en vano de quemar el rostro de la chula—ese otro sol que entorda el pañuelo de seda—ó el de la gran dama—que, envuelta en la mantilla blanca, semeja á una paloma posada en el barandal del palco—y se desliza y se quiebra sobre los cuerpos de los lidiadores, cuyos vestidos de colores vivos bordados de oro y plata se incendian en su luz y fija más el color dorado del trébol de naranjas que los vendedores sujetan en cada mano para lanzarlas certeros al comprador del tendido, con destreza semejante á la del pelotari que tira las pelotas al frontón; y lucha en balde con la sombra de las monterillas que sirven de dosel á los rostros de los toreros y bajo las que se descubren las airosas moñas, sujetas por las clásicas coletas.

Ya todos en su puesto, y previas las formalidades de ordenanza, sale el toro, que á fuer de Veragua barre la arena en su carrera y persigue á los peones, hasta que el capote de *Guerrita* le para los piés y los picadores le citan, y él entra en suerte, pujante y codicioso, derribando al enemigo y haciendo presa en el caballo indefenso; luego le cuelgan los palos, y el valiente matador que ha sufrido en su brillante carrera taurina *diez y siete* cogidas y ejercido su arriesgada profesión durante *veinticinco años*, el gran *Frascuero*—el ídolo de Madrid—coge los *trastos*, se adelanta al medio de la plaza, frente á la presidencia, se acerca al matador novel, le saluda descubriéndose y le da la espada y la muleta, que éste recibe, correspondiendo al saludo montera en mano; después ambos se cubren y se separan. En estos momentos solemnes de la alternativa reina en la plaza un silencio religioso.

No he de seguir paso á paso los incidentes de la lidia; diré, sí, que el *maestro* supo sostener su crédito con un ganado desigual; que Rafael Guerra fué toda la tarde el adorno de la corrida, jugando con los toros á su placer. En los tres de *Frascuero* que banderilleó hizo tales primores, que las salvas de aplausos se enlazaban y sucedían. Verdad que con los palos en la mano el *niño* de Córdoba, vestido de azul y oro, parecía figura arrancada de una acuarela; y cuando en el último toro de *Frascuero*, con el capote—que es en su mano expresión de elegancia—terciado al brazo—al quite del matador—observaba al toro, parado junto á la barrera, presentaba un escolzo digno del pincel de Goyal.

Lagartijillo cumplió como bueno en sus toros y trabajó en quites y lances, y *Badila* nos dió una sorpresa que se ha traído de Méjico: cogió un par de banderillas y montado á caballo se las puso al toro con gran precisión y limpieza, para probar lo que vale como lidiador de á caballo, en competencia con los Poncianos y otras celebridades.

A cada toro que mataba *Frascuero* era mayor la ovación y llovían sobre el diestro cajas y estuches con regalos de sus amigos y admiradores—hubo quien le arrojó dos palomas (estilo parisién puro).—No tengo que decir que *Badila* y *Guerrita* recorrieron también el redondel en triunfo: el primero después de poner banderillas á caballo, y el segundo cada vez que las ponía á pié.

Cuando *Frascuero* mató el quinto toro—último que estoqueara en su vida,—se dirigió á Guerra y le regaló el estoque y la muleta. . . y al terminar la corrida el público bajó al redondel rodeando al espada, y los más entusiastas le levantaron á viva fuerza conduciéndole en hombros hasta el coche—como á los gladiadores romanos después del triunfo,—donde lo aclamaba la multitud, siguiéndole estas demostraciones en toda la carrera.

El *desfile* de Madrid supera á cuantos he visto; pero sobre todos, el desfile de aquella tarde. Aquí toman parte en la fiesta nacional con igual entusiasmo todas las clases sociales; así es que la animación se aumenta con el contraste.

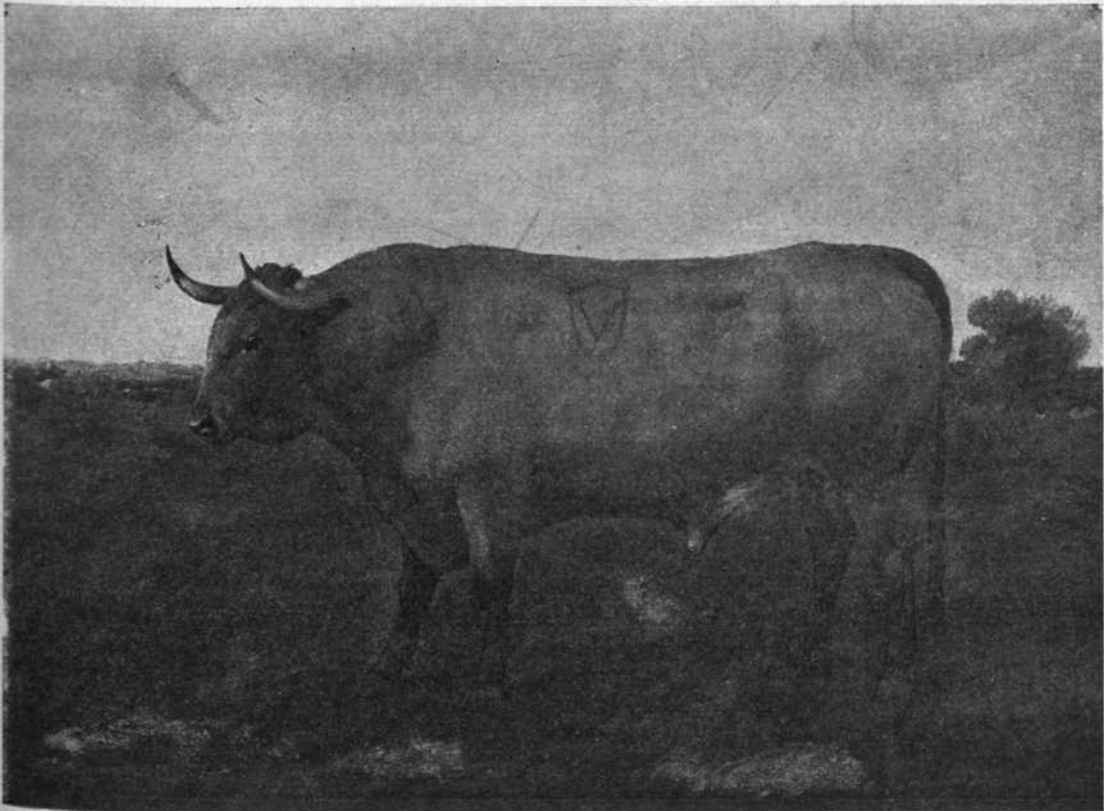
Mientras la cigarrera se envuelve en el mantón de crespón más fino que el papel de seda en que lía el tabaco, y el chulo que le acompaña lleva airoso pantalón de talle y chaquetilla de terciopelo con caireles de plata, y la gran dama envuelve el busto en las conchas de la mantilla de blonda, y el aristócrata no desdeña el sombrero ancho de estilo sevillano, y todos muestran igual placer y entusiasmo.

Aquí se ve un coche con los caballos enjaezados y los cocheros vestidos á la andaluza, con chaquetillas de terciopelo corinto y fajas de seda azul y botas jerezanas y sombreros calañeses. . . y dentro del carruaje, unos sentados encima de otros, van jóvenes vestidos á la inglesa, con cuellos interminables y escotes bajísimos y pantalones muy anchos y botines blancos. . . ; más allá se aprietan en un *cupé* Binder tres señoras como tres rosas que crecen en el mismo tallo, y en un ómnibus se cuelga la gente como racimos de uvas que á un vaivén pueden desgranarse.

Y cuando todos estos coches emprenden rápida carrera y la gente de á pié marcha en pelotón por las aceras rebosando alegría los semblantes, y el ruido ensordece y el movimiento marea y las carretelas de los toreros pasan seguidas de la multitud que los aclama por héroes de la fiesta, entonces, cuando la ola humana, tremolando la bandera española, se esparce y extiende hasta la Puerta de Alcalá—arco monumental que parece levantado allí para que pase el torero, ese gladiador español,—quisiera yo tener delante á todos los *cursis* extranjerizados que critican y fustigan la fiesta de toros, quizás porque no tuvo su origen en las riberas del Sena ó en las márgenes del Támesis, y quieren arrebatarlos el arte taurino que nos es propio y con el que, apesar de su decantada *barbarie*, avasallamos á París é invadimos á Roma; y es que si tiene algo de cruel, tiene mucho de heróico y sólo en España hay hombres que luchen con fieras, que por eso tenemos en nuestras armas al león hispano.

Pero para *sentir* la fiesta de toros precisa ser español sin levadura extraña, que por algo hay en nuestra bandera más rojo que gualda, que es el color de la sangre, y derramándola en el circo se aprende á despreciarla vertiéndola luego en el campo de batalla, como lo hizo el pueblo de *pan y toros*, que no es otro que el pueblo heróico del *Dos de Mayo*.

PREMIOREAL.



Regalón, de Veragua, último toro que mató el infortunado *Frasuelo*.

RECUERDO

Como dato curioso, ofrecemos á nuestros lectores la reproducción al fotograbado de un interesante trabajo conmemorativo de los hechos más culminantes de la vida torera de Salvador Sánchez (Frascuelo), y del que existen rarísimos ejemplares.

ALTERNATIVA

PLAZA DE TOROS.

EN LA TARDE DEL DOMINGO 11 DE OCTUBRE DE 1890.
EN LA PLAZA DE TOROS DE MADRID.

MEDIA CORRIDA DE TOROS EXTRAORDINARIOS
A BENEFICIO
DEL REAL HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA
A LA CUAL ESTÁN INVITADOS
SS. MM. Y AA.

PRESIDIRÁ LA FUNCIÓN LA AUTORIDAD COMPETENTE.

LIADORNES

COGIDAS

DESPEDIDA

PLAZA DE TOROS DE MADRID

GRAN CORRIDA EXTRAORDINARIA
EN LA TARDE DEL DOMINGO 11 DE MAYO DE 1890.
DESDE LAS OCHO Y MEDIA DE LA TARDE.

Salvador Sánchez, Frascuelo

LIADORNES

COGIDAS





COGIDAS

12 MAYO

COGIDAS

1890